

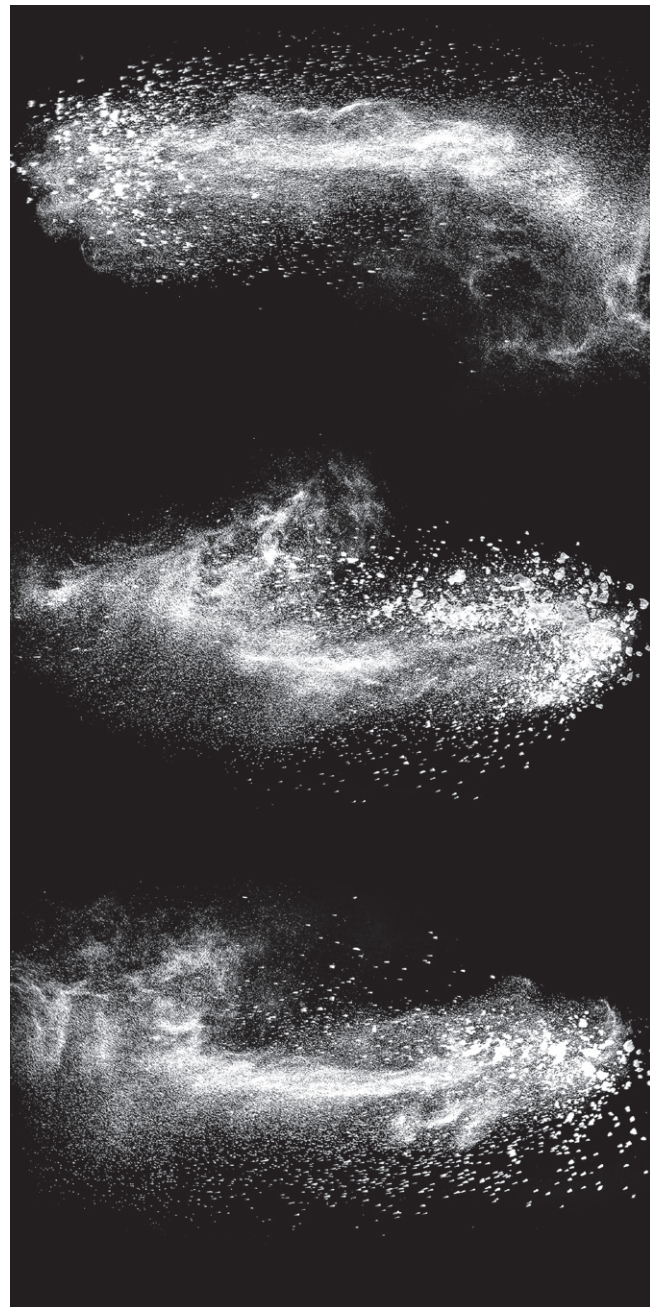
Un kompás ke eskrive lo redondo *Ansina*, de Myriam Moscona

Guillermo Espinosa Estrada

Imagen: iStock

EN UNA DE SUS NOVELAS AUTOBIOGRÁFICAS, Fernando Vallejo relata un encuentro “portentoso”. Una noche, mientras pasea por los pasillos de una residencia estudiantil en Roma, una niña se le acerca para hablarle desde otra galaxia. “Vos he visto llegar”, le dice, “¿de dónde venís?”. Se trata de una judía expresándose en ladino, el idioma “que se fue de Toledo expulsado por los Reyes Católicos al Cairo, a Estambul, a Salónica”. El joven Vallejo, que en ese momento desconoce la existencia de esa lengua, se maravilla —“¡oía las dobles eses y la ce con cedilla que nadie que viva ha oído en mi vida!”— y concluye que nuestro español actual (el que uso para escribir estas líneas) no tiene alma si lo comparamos con su “extraño y arcaico” gemelo.

Experimento esa misma sensación de milagro cada que me acerco al ladino y su literatura, que en México practica Myriam Moscona y... tal vez nadie más. Al menos *Tela de sevoya* (2012) y *Ansina* (2015), sus dos últimas publicaciones, abordan las vicisitudes de esta lengua extraterrestre. El primero iba a ser un libro de *kantikas* (versos escritos en ladino) que extravió su camino para convertirse en una novela híbrida —conformada por ensayos, autobiografía y poemas— donde la narradora hace una pesquisa histórica y familiar para explicarnos cómo fue posible que ella, una niña sefardí de familia búlgara, terminara disfrazada de China poblana en un festival escolar. *Ansina*, por su parte,



parece tratarse del libro de *kantikas* que *Tela de sevoya* no llegó a ser. Casi todos los poemas que figuran en la novela reaparecen aquí, aunque podría ser lo único que ambos títulos comparten.

Cuando un texto se enuncia en una lengua minoritaria y agonizante como puede ser el zapoteco, el aragonés o el ladino, es difícil que su asunto central no sea la lengua misma. ¿Cómo podría ser de otra manera? Los idiomas que presienten su extinción se contraen sobre sí mismos como una de esas estrellas que se transforman en enanas blancas. No sólo un poema, cualquier palabra expresada en esa lengua termina dejando patente la enorme fortaleza y perseverancia que ese sistema particular de signos ha requerido para sobrevivir:

...si plazieras tu lingua al foego
i la lingua no se kemara
si plazieras tu lingua a la agua
i tu lingua rezia kedara
si plazieras tu lingua al viento
i no se adgitara tu lingua
dunke tenesh una lingua santa
i kale morir en eya

(“Para mejor morir”)

Moscona asegura en el “Exordio” (contradictoriamente publicado en español) que escribió los poemas directamente en ladino y se negó a traducirlos porque expresan cosas que “sólo pueden ser dichas en una lengua y no en otra”; nada más el ladino le “permite entrar en otra dimensión del tiempo, en una más íntima, familiar y primitiva”. Y aunque esto es verdad, parece ser una declaración más certera para el universo doméstico y personal de *Tela de sevoya* que para los textos más cerebrales de *Ansina*. “Mucho se puede / dezir en esta lingua”, dice la voz, y es útil para “escribir de amor o sensya”. Aunque este no sea un poemario estrictamente científico, no deja de preguntarse sobre asuntos por demás abstractos como el porqué de la poesía y su relación con la eternidad.

Explicando el famoso significado alegórico de la letra bet (ב) al inicio de la Torá, Moscona escribe:

Atras del muro de la beth, nada ai ke un bivo pueda provar, i por ese silenzio los poetas eskriven i por ese silenzio los profetas traduzen las suias profezias i por ese silenzio los geometras de los sielos multiplikan, i por ese silenzio se fazen kadenas de orar. Puedes pedalear al fin del mundo ke el muro de la beth, prime saverlo, kedará serrado komo un ojo kozido.

(“La letra beth: el muro”)

Ante esta impotencia cósmica (la imposibilidad de comprender el misterio divino y de ir más allá de nuestro precario entendimiento) se despliegan los poemas de



Ansina
Myriam Moscona
México, Vaso Roto, 2015, 88 pp.

Ansina, esbozando una oscilación pendular que va de un ojo “serrado” y “enmudezido” a otro que “se avre”. Este movimiento crea una especie de espiral incesante que reaparece en muchas piezas de la colección. No sólo en “Para mejor morir” la concatenación del término “lingua” estructura una suerte de poema-tornado, además Moscona insiste con imágenes circulares y esféricas que siempre regresan, tal como una “kordela de Möbius”:

por kualo una kurva
al ir i volver
se torna al lugar ande empezó?
toma el lapis i da lynia

lo verash:

la kordela una sola banda tiene

(“La kordela de Möbius”)

La circunferencia no sólo es la imagen central de *Ansina*, además podríamos decir que se trata de un texto circular, o más bien un libro giratorio. Rota en órbitas concéntricas y su trayecto incesante recuerda a los rotorelieves que los encantadores ponen en marcha para hipnotizar, para dar acceso a un nivel superior de conciencia:

Si keresh saver algo nuestro
desina un sirkulo
mete lapis a la oriya izkiedra
sirkula sirkula
da volta sin alevantar sirkulazion
no kites la punta, janum
agora dimanda
si el tiempo es kastigo o bendizion
kualo keres tu?
keresh saver algo nuestro?
mira el ojo vazío
blanko:
se topa
al sentro de lo kreado
avre se avre

es un kompás
ke eskrive lo redondo
ondo grande
ondo i vazío
kreze el ojo
kreze como un tornado
se kreze i demanda:
kualo kieres saver?

(“Un bomboniko”)

“Kualo kieres saver?”, pregunta el estribillo de este poema, y es que la finalidad de los versos de Moscona radica en conocer aquello que aún nos resulta inexplicable. Este es el misterio, la aporía, que sólo podrá esclarecer el ojo de dios en una vida postrera. Mientras tanto, nos quedan las “kantikas” y sus “vierbos” en ladino, que con sus dobles eses y su ce con cedilla transmiten el milagroso espectáculo de una sabiduría milenaria contenida en un puñado de versos. En otras palabras: una lengua que agoniza con la misma dignidad de una enana blanca. 